
MOZART Y EL LADO SOMBRÍO DE LA CREACIÓN

Karl Barth

PRESENTACIÓN

Francisco Cuervo-Arango

Empecé a leer a Karl Barth hace más de treinta años, cuando era estudiante de Teología. Durante más de tres años me sumergí en su *Dogmática Eclesiástica*, obra amplísima, de más de siete mil páginas. En su compañía, me adentré en la Tradición cristiana. Con él, no sólo iba viendo cómo planteaba los grandes temas de la Fe, sino que me conducía por toda la Escritura –Antiguo y Nuevo Testamento– y por la Tradición de veinte siglos de cristianismo. En letra pequeña iba presentando lo que diversos autores habían dicho sobre el tema que trataba. No sólo teólogos sino filósofos, literatos, músicos... como el texto que ofrecemos, que habla de Mozart.

Karl Barth era suizo, de habla alemana. Ante el nazismo tomó una postura pública claramente beligerante, y participó –junto con Bonhoeffer– en un movimiento de clara denuncia del nazismo llamado “Iglesia confesante”.

Lo que más me llamó la atención de este hombre incomparable, cuya teología era una predicación, fue lo que entonces yo llamaba su “concentración cristológica”: de tal modo concentraba su atención en Jesucristo, que todo lo veía ahí y desde ahí. Todo: es decir, Dios y el Hombre. Jesucristo era el “lugar” teológico y antropológico en el que todo era visto a la luz evangélica. Y ahí, Dios y el Hombre –toda la Realidad– aparecía como una Buena Noticia, digna de fe, de esperanza y de amor. Me encantaba. Un tema tan espinoso como el de la Predestinación (al que dedicó el Tomo VIII de su *Dogmática* y en el que concentré mi estudio) salía nuevo de

sus manos. Su firme orientación era ésta: todo objeto de fe, para que fuera evangélico, tenía que ser objeto de esperanza y de amor, y, por lo tanto, motivo de alabanza, de alegría, de acción de gracias. Y eso era, para Barth, la “Objetividad”: ver las cosas como realmente son. Cuando se ven así, el hombre se llena de fe, de esperanza y de amor, y su vida es un cántico.

Este optimismo radical, en un hombre nada ingenuo, de tradición protestante (tan desconfiada de la naturaleza humana tomada en sí misma), conocedor del nazismo y de sus horrores, me hacía mucho bien, e iba entendiendo aquello de edificar la vida sobre roca.

El texto que presentamos pertenece al Tomo XIV de la edición francesa de su Dogmática (que es la que yo trabajé). Es un pequeño volumen, de unas doscientas cincuenta páginas, en el que Barth enfoca el tema del Mal, al que él llama “Das Nichtige”. El traductor francés opta por “Néant” y no “rien” pues, como dice en una nota, el vocablo alemán “implica la idea de nocividad, daño, potencia negativa pero activa”. Nosotros lo hemos traducido por “lo Aniquilante”. En terminología bíblica se le designa como “Satán”, el Malo, Mentira y padre de la mentira, el Infierno (no como un “lugar” sino como una potencia: “las puertas del infierno”...)

Pues bien: conducido de su mano, uno llega a ver la radical inconsistencia del Mal, en comparación con la radical consistencia de la criatura. De la criatura no abstraída, no separada, sino de la criatura tal como en realidad es: reposando en las Manos de Dios que la hacen ser. (¿No diría Légaut: “en contacto con esa Acción que sin él no sería, pero que no es solamente suya...”?). Pues “las Manos de Dios”, en las que reposamos, nos hacen ser, y vivir, y nos posibilitan la transformación de todo cuanto nos acontece –positivo o negativo, luminoso o sombrío, suave o duro, dulce o amargo– en algo apropiadísimo para crecer hasta la propia talla, para realizar el propio rostro interior. (Otro símbolo equivalente a “las Manos de Dios” ¿no son “las doradas abejas” de Machado: “...y las doradas abejas, iban fabricando en él, con las amarguras viejas, blanca cera y dulce miel”?)

Es verdad que uno puede no ver estas cosas, esta suprema Objetividad, y, ante el Mal –que entonces aparece como real y “tre-

mendo”–, puede obsesionarse y enloquecer. Es verdad. Pero no es menos verdad que esta angustia, que embarga a la criatura así “engañada” (ésta es la obra de la “Mentira”), sólo tiene un destino: ser suprimida. De manera que la historia del hombre, en particular, y la del Mundo, en general, es la Historia de una Angustia y de su supresión, la Historia de una Angustia que se transformará en Alegría. En la Historia Evangélica, esto aparece con toda claridad: aunque la supresión de la gran angustia de Jesús no pertenece a la Historia, sí que pertenece su reflejo: la transformación de la angustia de sus discípulos en un gozo inmenso, de manera que experimentaron un cambio radical: de hombres inseguros y temerosos pasaron a hombres de una firmeza y valentía incomprensibles.

Y es que existe un abismo entre la “densidad ontológica” de la criatura y la de “la Mentira”. Mientras la primera es real, y goza de existencia propia, la del Mal, la de la Mentira (o como queramos llamarla) sólo tiene una existencia “impropia”: es una gran pesadilla que desaparece al despertar. Mientras uno duerme, cree que es muy real, y no se le puede convencer de lo contrario. Para darse cuenta de su “irrealidad”, necesita despertarse.

Ni que decir tiene que para ver la Realidad tal como es, con plena Objetividad, iluminada con la claridad que se desprende de la Historia Evangélica, hace falta “tener ojos para ver y oídos para oír”. Hace falta “la nueva mirada”. Y esto no se obtiene de entrada sino que es fruto que llega en el momento oportuno a lo largo del camino.

Para Barth, el “Mundo de la Mentira, –o de “lo Aniquilante” como traducimos– no tiene ser creatural. Es pura apariencia, pura ilusión capaz de engañarnos. Pero nada más.

Hemos insistido en la criatura tal como es, no separada de su Fuente. Aún hay que decir otra cosa. Y es que el individuo tampoco puede entenderse como separado de la Comunidad humana de la que es un miembro consciente. Cada individuo humano está integrado en esa Comunidad, y el Destino de la Comunidad humana en su conjunto afecta radicalmente al destino de cada individuo. (Barth está en las antípodas de aquello: “unos al cielo y otros al infierno”).

Ya voy a acabar. Os dejo con el texto de Barth. Dice que “Mozart había percibido...lo que todos veremos al fin de los tiempos: el destino de la Creación en su conjunto”. Y que su música permite percibirlo ya “a quien tiene oídos para oír”.

MOZART Y EL LADO SOMBRÍO DE LA CREACIÓN

Karl Barth

I

Conviene, ante todo (antes de entrar en el estudio del “Caos”), señalar y despejar una grave confusión que ha tenido enormes consecuencias en la Historia de la Teología. El mundo creado y su devenir poseen, a la vez, un lado luminoso y un lado sombrío, un aspecto positivo y un aspecto negativo. El primer relato bíblico de la Creación, al distinguir, al yuxtaponer, tal como hace, el día y la noche, la tierra seca y el agua, indica, sin el menor equívoco, ese doble carácter de la existencia creada. Es verdad que, considerado bajo su aspecto negativo, el mundo creado se encuentra, por decirlo así, en la vecindad del “lo Aniquilante” (le Néant), y como vuelto hacia ello. El hecho de que, como creación de Dios, el mundo tenga no sólo un lado luminoso sino también un lado sombrío nos recuerda constantemente que es un mundo amenazado por “lo Aniquilante”.

Sin embargo, no es cierto que ese lado sombrío sea idéntico a “lo Aniquilante” mismo, es decir, que “lo Aniquilante” pertenezca a la esencia de la creatura, de manera que pueda ser concebido e interpretado como una señal de la naturaleza y de la perfección del ser creado. Lo que sí que pertenece a la esencia de la creatura (y se trata de una señal de su perfección) es el hecho de tener un aspecto sombrío, de existir no sólo a la “derecha” sino también a la “izquierda”; es el hecho de ser digna de su Creador pero también de tener necesidad de Él; el hecho de ser no “nada” (rien) sino “algo”, algo que se encuentra fuera del no-ser, en seguridad, y, sin embargo, amenazado. Esto significa que, en su existencia, hay una sombra y una cuestión, sin duda, pero no una oposición ni una resistencia a la voluntad del Creador. Por el contrario, hay ahí (en esa sombra) un cumplimiento

y una confirmación de esa voluntad que hace evidente la naturaleza de la creatura y no su contra-naturaleza.

Se trata de una realidad que es buena, e incluso muy buena, pues no se opone sino que, por el contrario, se corresponde a la intención que Dios ha manifestado en el abajamiento y en la elevación de Jesucristo... Pues, en él, Dios se ha hecho el sujeto de esos dos aspectos de la existencia creada y, al asumir él mismo esa existencia, la ha aprobado completamente y, en su propia persona, ha resuelto la contradicción que le es inherente. La creatura no es vana por el hecho de ser creatura y de participar así en esa contradicción interna. En eso, es perfecta. Con ello demuestra que ha sido creada... en vistas a Jesucristo... Eso es lo que la hace susceptible de vivir en comunión con su Creador, de estar a su servicio, de creer, de obedecer y de orar. Así es como se le da a la creatura la ocasión de alabarle.

En efecto: Dios, al hacerse él mismo creatura y colocarse bajo esa determinación, ha revelado que todo eso de lo que acabamos de hablar era una determinación de su voluntad buena. Todo esto no tiene nada que ver, por tanto, con “lo Aniquilante” (Néant) en cuanto potencia que se levanta contra la voluntad del Creador y que es hostil a la buena naturaleza de la creatura, incluida la amenaza que hace pesar sobre el devenir universal y la ruina efectiva que procede de dicha amenaza. El aspecto sombrío de la creación recuerda esa amenaza y esa ruina, es cierto. Pero no lo es que la creación esté amenazada y condenada a la ruina, consagrada al “aniquilamiento” simplemente por tener un aspecto sombrío. El fin de todas las cosas, cuando vuelva Jesucristo, Señor y Cabeza de todo cuanto Dios ha creado, revelará también que no hay ninguna creatura que no haya sido buena, e incluso muy buena, tanto a izquierda como a derecha, tanto bajo su aspecto sombrío como bajo su aspecto luminoso.

Es difícil remontar la corriente y hacer frente a la calumnia de la creación que acabamos de señalar (y que se basa en la confusión entre el aspecto sombrío de la creación y “lo Aniquilante”), porque esta calumnia es muy antigua y muy tenaz bajo sus múltiples for-

mas. Pero hay que hacerlo, protestando con toda energía. En la creación, sin duda, no sólo hay un “sí” sino también un “no”. Hay alturas y profundidades, claridades y oscuridades, progresos y detenciones, y despliegues y limitaciones. Riqueza y pobreza, belleza y fealdad, crecimiento y decrecimiento, comienzo y término, valores y contravalores son moneda corriente. Y es verdad que la existencia de la creatura, y la del hombre en especial, comporta horas claras y horas sombrías, éxitos y fracasos, risas y llantos, ganancias y pérdidas, y que a la juventud le sucede la vejez, y que todo nacimiento desemboca en la muerte, rápida o lejana, pero siempre cierta. En fin, es exacto que las creaturas y los hombres participan muy desigualmente en todas esas cosas, repartidas según una justicia muy extraña o, mejor, muy misteriosa.

Pero aún es más verdad que la creación es buena precisamente porque en ella todas las cosas existen en esa diferenciación y en esa contradicción. Lejos de hacerse vana, la creatura alaba a su Creador y Señor en todos los aspectos de su ser: tanto por su aspecto sombrío y negativo (que la pone en vecindad con “lo Aniquilante”) como por su aspecto luminoso. Si Dios ha asumido totalmente la suerte de la creatura en su Hijo, ¿no debemos aceptar sencillamente las cosas tal como son, en lugar de discutir las, de quejarnos, de murmurar y de rebelarnos? ¿Quién sabe si la creatura no alaba más fuertemente a Dios en la pequeñez que en la grandeza, en la estrechez y en la angustia que en el triunfo y en el gozo, en la frontera de “lo Aniquilante” que en la presencia inmediata de su Creador? Y, en cuanto a nosotros, ¿qué sabemos si nos es dado celebrarle más sinceramente en los días malos, en nuestros tormentos y en nuestras derrotas, que cuando todo nos va bien? Ciertamente, la inversa también puede ser verdadera. Pero, ¿por qué sólo la inversa tendría que ser verdad? Y, si ocurriera que una alabanza de Dios surgiera del abismo, de la noche más negra y de la desgracia más total, ¿no tendríamos que replantearnos la justicia escondida que preside la partición de bienes y males entre unos y otros? ¡Qué confundidos quedaremos por haber nutrido sin razón tanta inquietud y tanto descontento

cuando nos sea dado ver que toda la creación, tanto bajo su aspecto luminoso como bajo su aspecto sombrío (incluida nuestra propia vida tan breve y tan insignificante), ha estado vinculada, desde siempre, a Jesucristo, y que, sin que nos diéramos cuenta, sin que ni lo supiéramos ni lo quisiéramos, sin nosotros y a pesar nuestro, mientras nos rompíamos la cabeza intentando rehacer el mundo a nuestra manera ha sido un sólo y único canto -esa creación- a la Gloria de Dios, es decir, una obra justa y perfecta! ¿No resulta extraño que, queriendo ser cristianos, e incluso siéndolo un poco, caigamos tan poco en la cuenta de que la creación de Dios es su buena creación incluyendo los dos aspectos que posee, es decir, también bajo su aspecto negativo; y, en consecuencia, no es extraño también que sepamos sacar tan poco provecho (salvo a propósito de ciertos fenómenos especialmente luminosos) de este conocimiento, tanto teórica como prácticamente?

II

Todo esto me conduce nuevamente a evocar aquí la figura de Wolfgang Amadeus Mozart. ¿Por qué y en qué puede calificarse de “incomparable” a este hombre? ¿Por qué compuso una música que, a aquél que sabe escucharla, no le basta con decir que es “bella”, pues dicho adjetivo le resulta insuficiente; una música que no se limita a distraer, alegrar o elevar sino que, en sentido fuerte, alimenta, consuela y exhorta; y de la que se puede decir que nunca es ni prisionera de su técnica ni sentimental y, sin embargo, que siempre es “emocionante”, libre y liberadora, por ser al mismo tiempo sabia, sana y soberana? ¿Por qué podemos sostener que Mozart “pertenece” a la Teología (especialmente a la doctrina de la Creación y, en el otro extremo, a la Escatología), a pesar de que de ningún modo haya sido un “Padre de la Iglesia” ni tampoco haya dado la impresión de ser un cristiano especialmente celoso (iy eso que era católico!) y de que, cuando no trabajaba, parece ser que llevaba una vida un tanto ligera desde nuestro punto de vista?

Podemos sostener que pertenece a la Teología porque, en lo que respecta a la buena creación de Dios en su totalidad, ha sabido una cosa que los Padres de la Iglesia propiamente dichos, incluidos los Reformadores, los ortodoxos y los liberales, los que se apoyan en la teología natural y los que se arman poderosamente con la “Palabra de Dios”, así como, por último —y especialmente—, los existencialistas, no han sabido o, en todo caso, no han sido capaces de expresar ni de hacer valer; una cosa que, por su parte, los grandes compositores ni siquiera han discernido. Mozart, en ese terreno, tenía la pureza de corazón que le elevaba muy por encima de optimistas y de pesimistas.

¡1756-1791! Era la época en la que, al buen Dios, se le sentaba en el banquillo a causa del terremoto de Lisboa, y en la que teólogos y demás gentes valientes intentaban defenderlo con grandes dificultades. Pero Mozart, ante el problema de la justificación de Dios (Teodicea), poseía la paz del corazón que sobrepasa toda inteligencia, ya sea que ésta alabe o maldiga, ya sea ésta crítica o especulativa. Mozart había superado ese problema. ¿Por qué escandalizarse? Había percibido (y sigue permitiendo que lo perciban los que tienen oídos para oírlo) lo que veremos al fin de los tiempos: el sentido del destino en su conjunto. En cierto modo, Mozart captó, a partir de ese fin, la armonía de la creación; armonía a la que también pertenecen las sombras (que no son tinieblas), la imperfección (que no es la “falta”), la tristeza (que no puede transformarse en desesperación), el dolor (que no se convierte en tragedia), la melancolía (que no tiene por qué hacerse absoluta); armonía a la que también pertenecen la alegría, con sus límites, la luz, que precisamente irradia porque surge de las sombras, la dulzura, que también tiene un dejo de amargura y que, precisamente por esto, no provoca disgusto; así como la vida, que no teme a la muerte pero que la conoce muy bien.

“Y la luz perpetua luce sobre ellos”. Sí, incluso sobre los muertos de Lisboa. Mozart no veía mejor que nosotros esa “luz” pero oía al mundo creado, envuelto por esa luz. Y era normal que percibiera con más fuerza la tonalidad positiva que cualquier tonalidad intermedia y neutra, y también que la negativa. A ésta la percibía única-

mente en aquella. Pero, tanto a la una como a la otra, las escuchaba en lo que tienen de desigual (un ejemplo entre muchos otros: la Sinfonía en sol menor de 1788). Jamás escuchaba abstractamente a una de esas dos tonalidades, en detrimento de la otra. Su escucha siempre fue concreta: por eso sus obras han sido y son música en el pleno sentido de la palabra. Y, porque a este mundo creado lo supo ver sin ningún resentimiento ni a priori, recibió el don de hacer escuchar no su propia música sino la del mundo creado, es decir, la alabanza de Dios que no es más que una pero que el mundo proclama bajo su doble aspecto.

Mozart jamás buscó expresarse a sí mismo, exteriorizar su vitalidad, sus penas íntimas, su piedad, ni tampoco intentó proponer un programa. Estaba magníficamente liberado del deseo o de la malsana necesidad de “decirse a sí mismo”. Se consagró a una tarea más simple: permitir a las voces de la creación hacerse oír un poco a través de cada instrumento (desde el piano hasta el violín, pasando por la trompa, el oboe y el clarinete, la flauta y la voz humana —mezclada con ellos pero sin especial pretensión—); cada uno de ellos aportando su propia contribución, unas veces dirigiendo, otras acompañando, otras cantando con todos los otros. Mozart, al poner las pasiones humanas al servicio de este canto y no a la inversa, no fue más que un eco de la alabanza que el mundo entero hace resonar. No fue más que un oído que grababa las resonancias a fin de hacerlas percibir a los demás.

Dicen los sabios de este mundo que Mozart murió en el momento en el que su obra iba a alcanzar su plena madurez. Pero, ¿quién pretenderá que no la había alcanzado ya en “La Flauta mágica”, en el “Concierto para Clarinete” de 1791 y en el “Requiem”; e incluso en las obras compuestas a sus 16 y 18 años? ¿Acaso no está ya todo Mozart en sus composiciones de infancia?

Mozart tuvo un fin miserable, fue como una especie de “soldado desconocido”, y eso tiene en común con Calvino y, en la Biblia, con Moisés, que nadie sabe dónde fue enterrado. Pero, ¿qué importa eso?

¿Qué significa una tumba cuando estamos en presencia de una vida que recibió el don de hacer hablar (con esa simplicidad y ausencia de pretensión, y, por tanto, con esa vivacidad, serenidad y fuerza inigualables) a la buena creación de Dios de la que también forman parte los límites y el término del hombre?

Era necesario (antes de volvernos hacia el “Caos”) hacer este paréntesis sobre Mozart, porque su música (¿encontramos algo parecido en sus predecesores o en sus sucesores?) nos aporta una prueba luminosa, casi constriñente, de que sería calumniar a la creación decir que participa en el “caos” por el hecho de contener un “sí” y un “no”, por poseer un aspecto vuelto hacia Dios y otro vuelto hacia “lo Aniquilante”. Mozart hace perceptible el hecho de que la creación, incluso bajo este segundo aspecto y por tanto en su totalidad, alaba a su Señor y por tanto es perfecta. Gracias a Mozart, ha sido creado un cierto marco preliminar (para el que tiene oídos para oír) en el estudio de un problema que no es de importancia mínima; y ese marco nos lo da mejor Mozart que cualquier argumentación científica.